

EDITORIAL

Los conflictos por el agua se conocen desde la antigüedad. El crecimiento poblacional amenaza con crear una crisis de grandes proporciones en varias regiones del mundo en el futuro cercano. Pero el agua puede ser también la base para la cooperación entre los pueblos que inevitablemente comparten esta necesidad común. La actual sobreexplotación de los recursos acuáticos y el aumento proyectado en los próximos años, hacen prever serias amenazas no solamente para el funcionamiento de los ecosistemas y su biodiversidad, sino también para el bienestar humano. Basados en los estudios realizados en varios lugares del mundo, estamos perdiendo diariamente varias fuentes de agua y, con ellas, las especies que allí viven.

Las amenazas varían de un lugar a otro. Aunque la construcción de embalses constituye uno de los más grandes impactos en todo el mundo, la agricultura, la deforestación, la invasión de vegetación exótica y la contaminación de los ríos, constituyen la principal amenaza para los ecosistemas acuáticos, su biodiversidad y la salud del hombre.

La gente comienza a darse cuenta de que junto a esta destrucción también se están perdiendo valiosos servicios ecológicos que los programas de preservación brindan al agua. Así, es importante que la población entienda la capacidad que tienen los ecosistemas naturales de purificar el agua y regular su flujo. De ahí la importancia de la conservación de los bosques. Debe también conocerse cuál debe ser el mínimo de agua que un río o una corriente debe tener para el mantenimiento de las comunidades que en él viven. Este es un punto crucial cuando se adelantan obras de represamiento de aguas y desviación de corrientes. Pero aun si la comunidad toma conciencia de estos hechos, ¿estamos seguros que tanta agua debemos conservar en una corriente para que su diversidad biológica se conserve? ¿Sabemos cuántos peces podemos pescar sin que sus poblaciones empiecen a disminuir? Estas preguntas preocupan a los ambientalistas, quienes saben que sólo a través de un manejo sostenible de los recursos naturales no renovables, se puede garantizar el futuro de la vida en este planeta.

Desde luego que ya muchas respuestas a estas preguntas se conocen; el problema es cómo hacerlas llegar al público y cómo lograr su colaboración. También necesitamos definir prioridades para la conservación de los ecosistemas acuáticos y su biodiversidad. Debemos identificar aquellos lugares donde se ha encontrado pérdida de especies, lo cual debe ser definido mediante estudios de diversidad, el número de especies en peligro de extinción y el grado de amenaza.

A nivel global se han hecho muchos esfuerzos para crear un deseo político e instrumentos que puedan guiar a los gobiernos y otras instituciones a colocar el agua en la más alta prioridad en sus planes. Así por ejemplo, la Comisión Mundial de Embalses está actualmente revisando 150 grandes

embalses con el fin de trazar líneas acerca de su planificación, construcción y manejo. La Convención de Humedales (Ramsar, 1971) y la Comisión de Diversidad Biológica han unido recientemente esfuerzos para trabajar en la biodiversidad y en el manejo del agua. Todos estos esfuerzos están dirigidos a presionar a los gobiernos para que den prioridad a los programas tendientes al manejo y preservación de los recursos hídricos. Dentro de los problemas que requieren prioridad están la pérdida creciente de la biodiversidad, la construcción de embalses, las pesquerías, el uso de abonos y pesticidas en la agricultura y la contaminación tanto de origen industrial como doméstico. Detrás de cada uno de estos problemas debemos considerar al menos dos situaciones que requieren un manejo inmediato: primero, cómo remediar la creciente escasez de agua en muchas regiones del mundo, y segundo, cómo solucionar los problemas de contaminación que atentan directamente contra la salud humana y la biodiversidad.

Se calcula en 1.400 millones de km³ la cantidad de agua que existe en el planeta. De ésta, 97.4% es agua marina, 2.6% corresponde a los glaciares, casquetes polares y aguas subterráneas y sólo 0.014% es agua continental superficial en forma de ríos, lagos, lagunas y embalses. Podemos deducir fácilmente que de sólo esta última pequeña parte depende la humanidad para atender todas sus necesidades de alimentación, aseo, regadío y procesos industriales. Pero lo más grave es que esta pequeña cantidad de agua es la que más estamos contaminando y la que día tras día presenta mayor escasez en muchas regiones del mundo.

Tener mucha agua no significa que toda esté disponible para el hombre. El caso de Colombia sirve como ejemplo dramático para ilustrar esta situación. Colombia se considera como el cuarto país del mundo en recursos hídricos. Pero la realidad es que más de la mitad de esta agua cae como precipitación en la costa pacífica y en la Amazonia. ¿Para qué nos sirven de ocho a doce metros de lluvia al año en la costa pacífica, o los cuatro a seis metros de lluvia en la Amazonia, si la mayor parte de la población está ubicada en la región andina donde la precipitación es menor y los problemas de contaminación se agudizan cada día más? Se calcula que catorce millones de colombianos no tienen acueducto y que diecinueve millones no disponen de alcantarillado. Aun más, cerca del 95% de las aguas residuales industriales y domésticas son descargadas a las corrientes sin tratamiento previo. Las estadísticas sanitarias en Colombia muestran cómo la causa principal de mortalidad infantil sigue siendo por enfermedades gastrointestinales.

El problema del agua es pues uno de los grandes retos que tiene el mundo para los próximos años. El agua es el único elemento indispensable e irremplazable para la vida; sin ella no se pueden dar las reacciones químicas que dan origen a lo que llamamos vida. En Colombia tenemos mucha agua,

pero ubicada donde no la necesitamos, y a la que tenemos acceso directo la malgastamos como malos ricos. Es urgente que en nuestro país se acometan de inmediato las siguientes acciones, que nos garanticen a mediano y largo plazo un suministro de agua confiable y estable para toda la comunidad: a) que todos los municipios adquieran el control de los nacimientos de agua que surten los acueductos municipales, así haya que comprar las respectivas cuencas o microcuencas; b) que cada municipio tenga su planta de tratamiento de agua potable y aguas residuales; c) que cada municipio establezca un control en el manejo de las basuras, en el cual el relleno sanitario sea sólo parte de la solución,

y d) que exista un control en el manejo de abonos y pesticidas que minimice el impacto en la contaminación de las fuentes y corrientes de agua. Llevar a cabo estas acciones y obras está ligado más a la conciencia y el deseo de hacerlo por parte de nuestros gobernantes, que de los recursos económicos que se requieren. Querer es poder, dice un viejo adagio. No podemos sucumbir porque nos parece muy costoso vivir.

Gabriel Roldán Pérez

Director

Comité Editorial